

miento del cielo superior (que llaman el primer mobile) el qual se mueve de Oriente à Occidente, dando una buelta al mundo en un dia natural. Porque assi como es cosa conveniente que los cielos inferiores sigan al movimiento del superior: assi lo es que estas passiones de la parte inferior de nuestra anima sigan el regimiento y imperio de la parte superior della.

Mas quando siguen otro norte, que es quando (dexada la razon) se mueven por la imaginacion y aprehension de las cosas sensuales (que es una guia muy ciega) entonces ván descaminadas, por seguir este adalid tan ciego. Y este movimiento compara el mismo Philosopho con el movimiento contrario de los planetas, los quales se mueven de Occidente à Oriente: dando à entender que no es cosa decente que los inferiores no se conformen con sus mayores.

§. II. *Orden desta espiritual Monarchia, y guerra de nuestro adversario en esta parte concupiscible.*

MAS para entender este linage de monarchia espiritual, se ha de presuponer, que en este reyno de nuestra anima, la voluntad es como el Rey que manda à todos los miembros y facultades que ay en el hombre: y el entendimiento (quando no está depravado) es su fiel consejero, que le representa la dignidad y excellencia de las cosas espirituales, para que las ame, y la fealdad de los vicios, para que los aborrezca. Tiene tambien sus criados, que son todos los miembros del cuerpo, los quales se mueven conforme al imperio de la voluntad, sin resistencia alguna, y obedecen à lo que les es mandado. Ay tambien en este reyno (como en todos los demás) sus lisongeros, que aconsejan al Rey lo que no le conviene: que son estas passiones susodichas, las quales af-

ficionandose à los bienes sensuales y deleytables, aconsejan al Rey que él tambien se aficiona à ellos, aunque reclama el entendimiento, diciendo que los tales bienes y deleytes son dañosos, y ponzoñosos quando son contrarios à la razon. Mas quando las passiones y appetitos son vehementes ciegan la razon, y trastornan la voluntad y llevanla en pós de sí. El exemplo desto vemos en un hidropico, el qual sabiendo quanto mal le hace el beber, todavia puede tanto este apetito que lleva tras sí la voluntad: la qual haze que el entendimiento apruebe esto y dé sententia que assi debe por entonces hazer: y assi lo executan los miembros.

Y aunque salgamos aqui un poco de la materia principal, no dexaré de decir que la parte de nuestra anima donde se descubre mas la malicia del pecado original, es esta donde residen nuestros appetitos y passiones: las quales en nuestra primer creacion estaban enfrenadas y obedientes à la razon con el dón de la justicia original. Mas perdido este dón por el peccado luego se desenfrenaron y rebellaron contra ella, y le dån bien en que entender. Y de aqui procede que assi el mundo como el demonio nos hazen por esta parte muy cruda guerra. Porque como nuestra carne con estos sus appetitos naturalmente esté inclinada y aficionada à las cosas de carne, que son conforme à su naturaleza, acude aqui el enemigo, y atiza estas passiones y deseos, y assi los desordena, y haze que excedan los limites y medida de la razon. Cá por esto se escribe dél en Job (a) que con su soplo haze arder las brasas: las quales brasas son nuestras passiones y appetitos: para que con este soplo passen las marcas y la medida de la templanza. De modo que assi como en el principio del mundo acometió al hombre por la muger, que es à la parte fuerte por la flaca: lo mismo hacen los que tienen puesto cerco sobre una ciudad: assi este ene-

(a) Job 41.

migo comunmente nos hace guerra por esta mas flaca parte por ser ella naturalmente inclinada à las cosas de la tierra.

Y assi tiene él esta por su parcial y fautora, pues ella apetece lo mismo que él quiere, que son estos bienes sensuales y terrenos. Mas él con sus sugestiones de tal manera enciende estos deseos, que lo que si moderadamente se procurasse y descasse, serviria para conservacion de la vida (para lo qual estas passiones fueron dadas) deseandolo desordenadamente, viene à ser estrago y corrupcion della. Porque de aqui nace el amor y deseo desordenado de la honra, de donde mana la ambicion: y del dinero de dó procede el avaricia: y de los deleytes sensuales, de donde nace la gula, con otros deshonestos deseos. Assimismo de aqui se ocasiona el odio, y la ira desmedida contra quien este linage de bienes nos impide: y assimismo la invidia de los que vemos aventajados en las cosas que nosotros deseamos. Y finalmente todo el otro enxambre de vicios destas raíces atizadas por el demonio procede.

Y por esto, assi como los defensores de una ciudad sitiada de enemigos ponen toda su fuerza en la parte mas flaca, por donde los enemigos la quieren entrar: assi el verdadero siervo de Dios debe entender, que la vida christiana es una perpetua batalla: y (como se escribe en Job) (a) una perpetua militia ò tentacion sobre la tierra; la qual dura quasi toda la vida: y que su profession es de hombre de guerra, y que en esta parte mas flaca de sus appetitos y passiones ha de poner mayor cobro para que no se desmanden, porque aqui ay mayor peligro.

En cabo se ha de advertir, que assi como los sentidos exteriores y interiores que sirven para conocer las cosas están en la cabeza, unos dentro y otros fuera della (como yá vimos) assi estos affectos susodichos que se ordenan para ape-

Tom. IV.

tecer, ò huir dellas tienen su asiento y lugar natural en el corazon. De modo que estos dos principales officios del anima sensitiva, que sirven el uno para el conocimiento, y el otro para el apetito de las cosas, repartió aquel artifice soberano con tal orden, que los puso en los dos mas principales miembros del cuerpo humano, que son la cabeza y el corazon: porque en este ponemos estos once affectos y passiones naturales susodichas. Lo qual experimentamos cada dia: porque manifestamente sentimos encenderse la sangre del corazon con la ira, y apretarse con la tristeza, y dilatarse con el alegria: los quales dos affectos pueden crecer tanto, que destemplan de tal manera el corazon, que nos quiten la vida, como muchas vezes acaesce. Esto baste summariamente dicho, para lo que toca à las facultades del anima sensitiva, que tiene el hombre comun con todos los animales.

CAPITULO XXXIV.

De la anima Intellectiva y de sus officios.

HASTA aqui avemos tratado de las dos mas baxas facultades de nuestra anima: que son del anima que llaman vegetativa (que tiene por officio mantener y sustentar nuestros cuerpos) y de la que llaman sensitiva, de donde proceden los cinco sentidos exteriores de nuestro cuerpo, y los quatro interiores de nuestra anima. Agora será razon tratar de la mas alta parte del anima, que es la que llaman intellectiva: la qual es substancia espiritual como los Angeles; y por esto no está affixada en algun organo corporal, como están todos los otros sentidos, assi exteriores como interiores.

Y para tratar desta anima, y de la variedad y muchedumbre de sus officios y facultades, será necessario traer à la

V

me-

(a) Job 7.

memoria lo que arriba diximos, tratándose de la virtud y subtileza de los espiritus animales: donde procediendo por un discurso assi de los elementos, como de todas las otras cosas que se componen dellos, venimos à concluir, que quanto las cosas mas se alexan de la pesadumbre y materia de la tierra, y mas se adelgazan, y allegan à la condicion de cosas espirituales, tanto mas perfectas son, y tanto mayor virtud y eficacia tienen para obrar. Pues segun esto, como nuestra anima passe adelante destas cosas, y sea substancia espiritual, siquiese que ha de ser mas perfecta que ellas, y tener mayor poder y eficacia para obrar.

Y comenzando à tratar de la dignidad y officios desta anima intellectiva, decimos primeramente que ella es la que nos diferencia de los animales brutos, y nos haze semejantes à Dios y à sus Santos Angeles. Lo qual testificó el mismo hazedor, quando al principio de la creacion dixo (a): Hagamos al hombre à nuestra imagen y semejanza: la qual semejanza decimos que tiene por razon desta anima intellectiva.

Donde primeramente se ha de notar con quanta autoridad comenzó el Criador à tratar de la creacion del hombre. Porque en la de las otras cosas no hazía mas que decir (b): Hagase esto, y luego era hecho. Y assi dixo: Hagase luz, luego fue hecha la luz: y, Haganse lumbreras en el cielo, y luego salió à luz el sol y la luna juntamente con todas las estrellas. Mas aviendo de criar al hombre, usó deste nuevo lenguaje, diciendo: Hagamos, &c. Las quales son palabras no de sola una persona divina (c), sino de muchas, que es de toda la Sanctissima Trinidad que entendiò en la fabrica desta noble criatura. Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imagen y semejanza. Porque ser imagen de Dios à solo el hombre y al Angel pertenece.

(a) Gen. 1. (b) Ibidem. (c) Aug. lib. 12. de Trinit. cap. 6. tom. 2. (d) Job 11. Psalm. 76. (e) Genes. 1. (f) August. de Moribus Manicheor. lib. 2. cap. 19. tom. 1. & epist. 28. tom. 2.

nece. Cà las demás criaturas (aunque sean sol, y luna, y estrellas con todas las demás) (d) no se llaman imagenes, sino huellas ò pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza: mas por representar el hombre y el Angel mucho mas de aquella altissima naturaleza, se llaman imagenes de Dios. Y aun esto se confirma por otra particularidad, que entrevino en la formacion del hombre. Porque aviendo Dios formado su cuerpo del lodo de la tierra, quando criò el anima, dice la Escritura (e), que sopló Dios en él espíritu de vida. Y porque el soplo procede de la parte interior del que sopla, quiso darnos à entender en esto, ser el anima una cosa divina, como cosa que salió del pecho de Dios: no porque sea ella particula de aquella divina substancia (f) (como algunos hereges dixerón) sino porque participa en muchas cosas la condicion y propiedades de Dios, como luego veremos.

Mas aquí es mucho de notar, que una de las cosas criadas en que con mayor admiracion de todos los sabios resplandece la grandeza del poder de Dios, es la virtud que puso en nuestra anima. Porque aunque en los Angeles resplandece mucho este poder, pero ellos son substancias simples, y puramente espirituales; mas nuestra anima por una parte es substancia espiritual, como los Angeles, y por otra, es formada deste cuerpo material que le sustenta y dá vida: como lo haze el anima de qualquier animal bruto. Y por ser tan grande la distancia que ay de las cosas puramente espirituales à las que son puramente materiales, y tan grande la desproporcion que ay para adjectivarse las unas con las otras, se tiene por una de las grandes maravillas de Dios aver dado tal virtud y facultad à nuestra anima, que por una parte entienda las cosas altas como Angel, y por otra engendre como

un caballo; por ser ella la que dá facultad para esta generacion. De suerte que esto es como si hiciera Dios una criatura que fuera juntamente caballo y Angel: pues esta anima tiene en sí la facultad y poder destas dos criaturas tan diferentes. Por donde con mucha razon pudo Sant Augustin decir (a), que entre quantas maravillas hizo Dios por el hombre, la mayor fue el mismo hombre, como arriba diximos.

CAPITULO XXXV.

Por quantas razones se dice ser el hombre hecho à imagen y semejanza de Dios.

Agora será bien examinar por quantas razones se dice ser el hombre hecho à imagen y semejanza de Dios. Porque entendido esto conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y averguenze de afear y escurecer esta divina imagen, abatiéndose à las vilezas de la carne. Y por aquí tambien verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imagen de Dios; porque tiene libre alvedrio y entendimiento como Dios, y como sus Angeles. Porque ninguna de todas las otras criaturas tiene esta libertad; cá todas son agentes naturales, que no pueden dexar de hazer aquello para que tienen facultad: y assi el fuego no puede dexar de quemar, ni el sol de alumbrar, &c. Mas el hombre es libre y señor de sus obras; y assi puede hazer y dexar de hazer lo que quisiere. En lo qual parece que solo el hombre es señor, y que todas las otras criaturas son como captivas y siervas, pues solo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

Mas no solo la libertad de la voluntad, sino tambien la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias, y nos hace semejantes à Dios; pues él tambien es substancia intellectual, aun-

Tom. IV.

que por otra mas alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras que proceden dellos. Por donde se dice, que el arte imita la naturaleza en quanto puede: lo qual en mas claros terminos es decir, que el hombre imita à Dios en la manera del obrar. Por donde assi como el autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende (como los dientes para cortar y moler el manjar, y las manos para obrar, y los pies para andar, y las cañas de los huessos para sostener la carga del cuerpo) assi el arte guarda esta misma proporcion en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las calzas y zápatos que haze para calzar, y en las casas que edifica para morar, y en los navios que fabrica para navegar, &c. donde vemos quan proporcionada viene cada cosa destas para el fin que se pretende.

Item assi como el autor de la naturaleza procura en todas sus obras juntar en uno utilidad y hermosura (como lo vemos en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y assiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos, y de las cejas, y sobrecejas que lo acompañan, lo qual todo no menos sirve para la hermosura del rostro, que para la buena execucion del officio de cada una destas partes, porque qualquier cosa destas que se mudasse, impediria lo uno y lo otro) assi el arte en quanto puede imita lo mismo, procurando hazer todas las cosas artificiales, no solamente provechosas, sino tambien hermosas, como se ve en todas las alhajas de los hombres ricos y grandes señores: los quales procuran que todas las cosas disputadas para su servicio sean de tal manera fabricadas, que no solamente sirvan à la necesidad, sino tambien à la hermosura.

Item assi como son quasi infinitas las obras de naturaleza, assi tambien lo son las artificiales.

(a) Diversor. tract. 21. tom. 9.

son en su manera las del arte. Lo qual podrá notar quien rodeáre con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia, ò Lisboa. Porque andando por todas las calles destas ciudades, verás pobladas de mil diferencias de officios y officiales mecanicos, y si fuere à la marina, verá el trato de la mar, y tantas diferencias de navios, grandes y pequeños con toda su xarcia fabricada muy à proposito para el officio de la navegacion. Y si de ahí entráre en el almacén de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas, y otras offensivas, unas para pelear de lexos, y otras de cerca, como no podrá dexar de maravillarse, como un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz, y compañía, y vida politica de los hombres, tuvo corazon y ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artilleria para la destruccion del genero humano. Y si de ahí pasáre à las librerias y escuelas generales, hallará mil maneras de libros, y de artes y sciencias naturales, y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entráre un dia solemnemente en una Iglesia Cathedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en que apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en que recrear los oídos con la suavidad de las voces y instrumentos musicales que ahí dulcemente resuenan.

Y si sobre todo esto se halláre en una feria general, como es la de Medina del Campo, ò otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales, que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no solo en la fabrica y hermosura de las cosas (como está dicho) sino tambien en la variedad y muchedumbre dellas. Y assi como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, assi el arte ha hecho quasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Para lo qual todo se sirve de las manos, las quales fabricó el Criador con

maravillosas habilidades y artificio, para que fuesen un convenientissimo y general instrumento de las mas principales partes de nuestra anima, que son la voluntad y la razon. Porque por ellas obra la razon todas estas cosas susodichas, y otras muchas mas. Cá ellas (como dice Tullio) nos sirven para labrar los campos, para edificar las casas, para texer y coser las vestiduras, y para la fabrica de las cosas que se hazen de hierro ò de metal. Con las manos tambien edificamos las ciudades, los muros, y los templos. Y por ellas tambien nos proveemos de diversos y abundantes frutos para nuestro mantenimiento. Cá por ellas sembramos los campos, los quales nos dán diversos frutos, unos que se comen luego, y otros que se recogen y guardan para adelante. Por ellas tambien nos mantenemos de los animales, assi de los que andan por la tierra, como de los que nadan en el agua, como de los que vuelan por el ayre, no solo cazandolos, sino tambien criandolos en nuestras casas. Con ellas tambien domamos las bestias: las quales llevando y trayendo cargas nos sirven, dando tambien à nosotros fuerza y ligereza para caminar. Nosotros tambien con las manos les ponemos yugos, y assimismo usamos del sentido agudissimo de los Elephantes, y de la sagacidad de los canes para nuestro provecho. Nosotros tambien con ellas sacamos el yerro de las entrañas de la tierra (cosa grandemente necesaria para la labor de los campos) y assimismo descubrimos las venas escondidas del azero, de la plata, y del oro, de las quales cosas nos servimos, assi para el uso de la vida, como para la hermosura y ornamento della. Aprovechamos tambien de todo genero de arboles, assi fructuosos como silvestres, parte para calentarnos, y guisar los manjares, y parte para edificar, con lo qual nos defendemos de los demasiados frios y calores. Y la misma materia sirve para fabricar navios, por cuyo medio nos viene de todas partes abun-

abundante provision para las necesidades de la vida. Y assi por el arte del navegar venimos à enseñorearnos de las dos cosas mas violentas que ay en la naturaleza, que son la mar y los vientos, y por este medio gozamos de muchas cosas que se traen por la mar. Es otro si nuestro el señorío y uso de todos los frutos y comodidades de la tierra; porque nosotros gozamos de los campos, y de los montes, nuestros son los rios y los lagos; nosotros sembramos las mieses, y los arboles, nosotros con riegos artificiales hazemos fértiles las tierras, nosotros reprezamos, y enderezamos los rios, y los encaminamos por las partes que nos puedan aprovechar, y finalmente usando de la industria de las manos en las cosas de naturaleza avemos venido à fabricar otra nueva naturaleza. Lo susodicho es de Tullio.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra anima tiene con su criador, pues tanta semejanza tiene en la manera del obrar con él. Porque tres cosas pone Sant Dionysio assi en el Criador como en sus criaturas (que son sér, poder, y obrar) en las quales ay tal orden y proporcion, que qual es el sér tal es el poder, y qual es el poder tales las obras. Y assi por las obras conocemos el poder, y por el poder el sér. Y pues como está dicho vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aqui podemos rastrear la semejanza y parentesco que ay entre él y Dios, y entenderémos con quanta razon se dice, aver sido criado el hombre à imagen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

§. I. *Por algunas singulares propiedades de Dios se vee la semejanza que tiene con él nuestra anima.*

ES tambien singular propiedad de Dios estar en todo lugar presente,

en el mundo, y fuera del mundo. Y nuestra anima intellectiva corre tambien por todos los lugares del mundo quando quiere. Agora (dice Sant Ambrosio) (a) estamos en Italia, y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia, y con los de Africa, y ahí tratamos con los amigos, caminamos con los que caminan, allegamosnos à los peregrinos, juntamos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros; y hasta los defuntos resuscitamos, y los abrazamos, y conversamos como si estuvieran vivos. Pues por aqui se entiende no haber sido hecha à imagen de Dios aquella parte corporal que ay en nosotros; sino aquella que con la agudeza de su vista vee los ausentes, y passa de la otra vanda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodéa sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se ayunta con Christo, y descende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él: como lo hazia aquel que dice (b): Nuestra conversacion es en los cielos.

Pero otra cosa ay mas admirable, en que nuestra anima imita la virtud y poder de Dios; en lo qual sobrepuja aun à los Angeles. Porque aunque en ellos resplandezca mas perfectamente la imagen de Dios, por ser substancias puramente espirituales, apartadas de toda materia, pero nuestra anima demás de ser substancia espiritual representa esta imagen por otra via, que es con la variedad de los officios que exercita en los cuerpos donde mora. Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, esso obra nuestra anima en el mundo menor, que es en el hombre. Vemos pues en el mundo mayor quanta infinidad de criaturas y de obras naturales ay, y en todas ellas obra Dios conservandolas en el ser que tienen, y dandoles virtud y facultad para todas las obras que hazen, porque la

(a) Examer. lib. 6. cap. 8. tom. 1. (b) Philp. 3.

primera causa concurre con todas las otras inferiores, sin cuya virtud y influencia no podrían ellas obrar. Pues desta manera tiene nuestra anima tan plenaria jurisdiccion y señorío dentro deste territorio de su cuerpo, que ninguna obra se hace en él, de que ella no sea principio y causa. Lo qual parece por la falta que ella haze quando por la muerte falta; pues entonces cessan todas estas obras. De modo que con ser ella una simple y espiritual substancia, es principio de todos los officios de la vida. Porque ella es la que vee en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la lengua, toca con todos los otros miembros, cueze el manjar en el estomago, conviértelo en sangre en el hígado, y repartela por las venas en todo el cuerpo, cria los espíritus de vida en el corazon, y los animales en el cerebro, y distribuye los unos por las arterias, y los otros por los niervos en todos los miembros del cuerpo. Ella pinta las cosas que vió en la imaginacion, y acuerdase de infinitos vocablos y cosas con la memoria, y discurre y disputa con el entendimiento, y ama ó aborrece con la voluntad. Y finalmente, no ay cosa tan menuda en nuestro cuerpo, de que ella no sea principio y causa principal. De suerte que lo que son los pesos en el relox, esso es el anima en nuestro cuerpo: y assi como quitados estos pesos, todas estas ruedas del relox paran, assi faltando el anima à nuestro cuerpo, faltan todos los officiales y officios de nuestra vida.

Esta es una cosa de que el Propheta David grandemente se maravilla quando dice (a): Maravillosa es Señor vuestra sabiduria: la qual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es que yo no la puedo alcanzar. Sobre las quales palabras (que en este sentido alega Theodoro) haze él una larga exclamacion diciendo assi: Quando yo Señor recogido dentro de mí mismo, y libre de los cuidados y negocios exteriores entro en

mí, y me pongo à contemplar mi propia naturaleza y aquella facultad del anima racional que me distes, y miro las sciencias de que ella ha sido capáz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo (con cuyo beneficio se haze la vida mas alegre y suave) y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la qual están distintamente guardados y conservados, y assi se le ofrecen facilmente quando los ha menester, y miro tambien como esta anima gobierna todo el cuerpo, y como ella misma cometiò à los ojos el officio de juzgar entre los colores, y à la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y hechola interprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y à las narices dió facultad de examinar los olores, y à los oídos de perceber las palabras que vienen de fuera, y ella misma entendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el qual tocamiento à vezes siente dolor, à vezes alegría y deleyte: considerando pues con animo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo como muchas de ellas al parecer contrarias, concurren en la fabrica de un animal, junto con aquella admirable union de las dos naturalezas, una mortal y otra immortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razon de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduria del criador, vengo à prorrumpir en voces de alabanza, y exelamo con este Propheta diciendo: Maravillosa es Señor vuestra sabiduria, la qual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprehender. Lo susodicho es de Theodoro. Esta es pues otra admirable excellencia de nuestra anima: en la qual imita à su criador, obrando (como diximos) todas las cosas en su cuerpo, como el criador las obra en este mundo. Por lo qual demás de lo dicho, se llama ella imagen de Dios.

§. II.

Distincion de imagen, y semejanza en la formacion del hombre.

MAs qué quiere decir, que no solamente se dice aver sido hecha à imagen de Dios, sino tambien à su semejanza? A esto responden Sant Bernardo y Sant Ambrosio diciendo (a), que imagen se llama por razon de lo natural que recibió: y semejanza por lo gratuito. Quieren decir, que imagen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió, para vivir esta vida comun y natural: mas semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera criacion recibió, para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna. Por dō parece, que la imagen que es lo natural, nunca se pierde, aunque el anima esté en el infierno, mas la semejanza pierdese perdida la gracia: la qual se pierde por qualquier peccado mortal. Mas es mucho para sentir no solo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho mas la semejanza que succede en lugar desta. Y qual sea ella, declaró el Propheta quando dixo (b): El hombre constituido por Dios en dignidad y honra no entendió el estado que tenía: por lo qual vino à ser comparado con las bestias brutas, y hecho semejante à ellas. Pues qué cosa mas para sentir, que esta tan gran caída, en que el hombre que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga à mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? Adónde puede mas descaer, y descender la miseria humana? Pues por aqui verá el hombre quánta sea la malicia del peccado, que es causa deste tan grande mal.

Esto baste para concluir la materia del anima intellectiva, y con ella de todo lo que pertenece à los dos mundos assi mayor como menor que es el homi-

bre. Agora será razon aprovecharnos de todo lo dicho, levantandonos por las criaturas al conocimiento del criador.

CAPITULO XXXVI.

De la providencia especial que nuestro Señor tiene de las cosas humanas.

Todo lo que hasta aqui se ha dicho sirve para declarar los motivos que los Philosophos tuvieron para reconocer y confessar una primera causa, un primer principio, y un primer movedor y gobernador de todo este universo, que llamamos Dios. Sirve tambien para que conozcamos la providencia, que este soberano señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó à todos los animales para su conservacion, que es para mantenerse, y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermidades, y criar sus hijos. En nada desto pusieron dūda los Philosophos de mas grave y assentado juicio. Mas assi como se hallan à las vezes cuerpos monstruosos, que nacen ó con sobra ó con falta de los miembros acostumbrados, assi tambien (y aun mucho mas) ay animos y ingenios monstruosos, que dicen cosas no solo contra toda razon, sino contra todo el comun consentimiento del genero humano: quales fueron los que confessando la providencia que Dios tenía de los animales brutos (por las razones susodichas) osaron decir (c), que no la tenía de los hombres, por la confusio y desorden que veian en las cosas humanas: no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no ay porque el criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capáz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme à sus obras, haciendo bien al bueno, y castigando al malo. Lo qual llegó à entender aquel insigne Philosopho moral Seneca, di-

(a) Bernard. serm. 1. in Annuntiat. B. Mariae, ant. med. D. Ambr. libel. de dignit. condit. hum. cap. 2. & 3. tom. 1. (b) Psal. 48. (c) Contra quos August. lib. 83. quest. 82.

ciendo en una palabra gran parte de lo que enseña nuestra religion. Porque hablando de Dios dice, que él nos trata de la manera que nosotros lo tratamos. Dando à entender, que à los que reverencian y honran à Dios, como à verdadero Señor y Padre, trata él como à fieles siervos y hijos. Qué mas dixera este Philosopho si fuera christiano? Quán grande y quán universal doctrina se comprehende en estas tan breves palabras? Mas aqui es de notar, que quando decimos que haze Dios bien à los buenos, y castiga à los malos, no entendemos aqui por bien los bienes temporales (los quales ni aun los Philosophos llamaron bienes) ni por mal la pobreza, ò falta dellos, pues esta no merece nombre de verdadero mal, pues todos los Sanctos voluntariamente la amaron y procuraron. Assi que la providencia que el criador tiene de los animales, siempre es de una manera; mas la de los hombres es diversa segun la diversidad de sus obras. Mas contra estos Philosophos desvariados, se armaron los verdaderos y graves Philosophos, mayormente los que se llamaron Estoycos (que eran muy devotos de la virtud) probando con gravissimas razones la providencia que generalmente tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las quales pondremos aqui algunas.

Porque primeramente qué óidos no se escandalizan, oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias, y no de los hombres; aviendo sido criadas las bestias, y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre como está ya declarado? Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si à la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparacion mas noble que todos los brutos animales (como criatura hecha à imagen y semejanza de Dios) en qué razon cabe decir que él tenga providencia de cosas tan baxas, y desprecie

las altas como son los hombres, à los quales llama hijos por la semejanza que tienen con él? Y si tiene cuidado de los brutos, que ni reconocen el beneficio ni le dán gracias por él, cuánto mas lo tendrá del hombre, que lo reconoce, y adora, y alaba por él?

Vémos tambien que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus propias cosas: y que quanto mas las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vémos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que à los brutos (lo qual se vee por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la mas excelente naturaleza que le dió) cómo es posible que teniendo cuidado de lo que menos ama, no lo tenga de lo que mas ama? Vémos por experiencia que si el hombre planta ò enxiere un arbolico, se alegra despues quando lo vee crecido, y medrado, y cargado de fruto, y le pesa si lo vee maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo, que él plantó, cuánto mayor lo tendrá el criador del hombre que él formó?

Mas no solo el amor, sino la bondad tambien es causa de la providencia. Y assi vémos que los hombres de singular y excelente bondad tienen gran respecto al bien commun, y assi lo desean, y procuran, aunque sea à costa suya. Pues si esto es proprio de la excelente bondad, cuánto mas lo será de aquella summa y infinita bondad, para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve está bien ordenado; mas por el contrario, estando él desordenado, tambien lo está el mundo, pues sirve à quien no sirve al comun Señor de todo.

Y si todas las perfecciones de las criaturas (que se llaman absolutamente perfecciones) están en Dios por muy

emi-

eminente manera, y tener cuidado del bien comun sea una dellas, quiéa osará negar que no la ay en Dios, siendo él un abysmo de todas las perfecciones, y el autor dellas?

Vémos tambien que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos: como lo tienen los padres de sus hijos, los Reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel padre soberano, y aquella causa de las causas, del mas noble efecto, que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

Añado mas à lo dicho, que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ò es porque no puede, ò no quiere, ò no sabe lo que en este mundo passa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría, y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la charidad, y la misericordia, y finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo qual es horrible blasphemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder que es infinito. Porque quién pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos, y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, cómo no podrá gobernar lo que pudo hazer? Y si él por su propia voluntad quiso criar este mundo, no por necesidad que dél tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la qual quiso dár sér à las cosas que no lo tenian; por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso criar?

En cabo de lo dicho acrecienta una consideracion muy principal y muy experimentada. Vémos generalmente que todos los hombres de qualquier nacion que sean, quando se veen en algun aprieto y angustia, subitamente sin algun discurso de razon, sino por solo instinto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al cielo (donde aquel Señor principal-

Tom. IV.

mente reside) pidiendole socorro. Pues como esta inclinacion esté impressa por el criador en la misma naturaleza del hombre, y esta no pueda ser ociosa y vana (por aquella comun sentencia de Philosophos, los quales dicen que Dios y la naturaleza no hazen cosa superflua) siguese que él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinacion natural en los corazones dellos. Ni es menor testimonio el comun consentimiento de todas las gentes por barbaras y bestiales que sean: en las quales siempre se halla alguna manera de culto de la divinidad, aunque falso y errado, y esto con presupuesto que no honran esta divinidad de valde, sino porque esperan favor della: porque si nada esperassen, no la honrarian, ni tendrían cuenta con sus templos y sacrificios. Y esto es confessar la divina providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, siguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impresso en su corazon por el autor de la misma naturaleza. El qual assi como enxirió en los corazones de los hijos una natural inclinacion de acatar y reverenciar à sus padres, assi tambien imprimió otra de honrar à Dios, que por muy mas excelente manera es padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbre de naturaleza, que dixo Aristoteles que no aviamos de poner en disputa si la nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses avian de ser honrados: sino dár ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida à los padres, y à los dioses.

Estas y otras semejantes razones movieron à los mas graves y sabios philosophos, como fue Platon y Sócrates su maestro, y señaladamente los Estoycos, uno de los quales (que fue Seneca) escribió un libro entero de la divina providencia. De la qual tambien haze mencion en otros lugares de sus epistolas. Y assi en

X

una

una que escribe à su amigo Lucillo dice estas singulares y notables palabras: Cerca de tí está Dios, contigo está, dentro de tí está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El qual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y tén por cierto que ningun hombre puede ser bueno sin él. Porque cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? El es el que nos dá consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las animas de los buenos, aunque no sepamos qual Dios sea este que en ellas mora. Un animo excelente y moderado y que passa por cima de todas las cosas como por viles y baxas, y se rie de todo lo que nosotros tememos, ò deseamos, solo Dios lo puede hazer. No puede una cosa tan grande hazerse sin favor dél. Y assi la mayor parte deste animo está en el lugar de donde baxó. De modo que assi como los rayos del sol llegan à la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde decenden, assi el animo grande y sagrado (embiado al mundo para que por él conozcamos las cosas divinas) conversa aqui con nosotros, mas él está junto con su principio de donde nace. Y en otra epistola dice assi (a): Maravillaste que los hombres vayan à los dioses, mayor maravilla es que Dios viene à los hombres, y (lo que es aun mas vecino) Dios viene à morar en ellos. Porque ninguna buena anima ay sin el favor y presencia de Dios. Todas estas son palabras de Seneca: el qual sin aver leído el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin entender lo que es gracia, y el cuidado de la divina providencia. Por donde ay razon para espantarnos de la ceguedad y locura de los hereges Pelagianos (b), que recibiendo las escrituras sagradas, dogmatizaban que podia un hombre con solas las fuerzas del libre alvedrio, sin el socorro de la gracia, guardar perfecta-

mente todos los mandamientos divinos, y merecer el reyno del cielo.

A este tan illustre testimonio de Seneca, añadiré el de Tullio (c) que confiesa lo mismo, diciendo que los dioses immortales, no solamente proveen à todo el linage de los hombres, sino tambien à cada uno en particular: porque si tienen providencia de todo el mundo, tambien la tienen de las principales partes dél que son Assia, Africa, Europa, y si la tienen destas, tambien la tienen de las ciudades dellas, como son Roma, Athénas, Esparta, Rodas, con las demás: y assi se sigue que han de tener especial cuidado de cada uno de los moradores destas. Y en esta cuenta ponemos à Curio, Fabricio, Metello, Marcello, Catón, Scipión, Lelio, y otros muchos singulares varones que uvo en Roma, y en Grecia, ninguno de los quales fue tal sin ayuda de Dios. La qual razon convenció à los Poetas, y particularmente à Homero, que señalassen ciertos dioses por compañeros, ayudadores, y defensores de los peligros à los hombres heroycos, como fue Ulises, Diómedes, Agamenón, y Achíles. Por donde se concluye, que nunca en el mundo uvo algun varon señalado, que no fuesse ayudado con un soplo y favor de Dios. Lo susodicho es de Tullio, que tambien como Seneca confiesa la necesidad del favor divino, y el cuidado de la divina providencia.

§. I.

De como todas las cosas deste mundo fueron fabricadas para el hombre.

Esta misma providencia prueba el mismo Tullio, declarando muy en particular como todas estas cosas que vemos fueron fabricadas por la divina providencia para el hombre, y assi dice él: Si alguno preguntáre por cuya causa ayan sido fabricadas cosas tan

tan grandes, por ventura por amor de los arboles, y de las yervas, las quales aunque carecen de sentido, son obras de naturaleza? Muy contra toda razon sería esto. Mas por ventura fueron formadas por causa de las bestias? Tampoco se puede decir que los dioses ayan fabricado esto por causa de las bestias mudas, que ninguna inteligencia tienen. Pues por cuya causa dirémos aver sido hecho este mundo? A esto respondemos, que por causa de los animales que usan de razon, que son los hombres, porque solos ellos usan de razon, y viven por ley. De modo que assi como decimos que Athénas, y Lacedemonia, y todo lo que ay en estas ciudades sirve à los moradores dellas, assi todas las cosas que hay en esta gran ciudad del mundo son para servicio de los hombres. Pues ya el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, aunque sirven para la orden y governacion del mundo, mas son tambien un hermosissimo espectáculo para los hombres. Porque ninguna cosa ay, cuya vista sea para nuestros ojos mas insaciable, mas hermosa, mas artificiosa para nuestro entendimiento. Cá por la orden y curso destes planetas conocemos la qualidad de los tiempos, y la variedad y mudanzas dellos. Y si estas conocen solos los hombres, para solos ellos avemos de juzgar que fueron hechas. Pues la tierra llena de mieses, y de diversas especies de legumbres que ella produce con grande abundancia, sirve para el uso de los hombres, ò de las bestias? Pues qué diré de las viñas, y de los olivares, cuyos frutos tan copiosos, y tan sabrosos no pertenecen à las bestias? Porque no tienen ellas sciencia, ni de sembrar los campos, ni de cultivarlos, ni de segar, y recoger el fruto dellos à sus tiempos, ni de guardarlo para adelante, porque el uso y cuidado de todas estas cosas de solos los hombres es, y no dellas. Por donde assi como las cuerdas de una vihuela, y los otros instrumentos musicales fueron hechos para

solos aquellos que saben usar dellos, assi todas estas cosas susodichas, para solos aquellos sirven, que saben usar dellas. Ni es razon decir que por causa dellas ayan sido hechas, porque algunas vezes arrebatan y hurtan algo destes frutos, assi como no decimos que recogen los hombres y guardan el trigo en sus graneros por causa de los ratones, y de las hormigas que lo hurtan, sino para provision de sus mugeres, y hijos, y familia. Assi que las bestias à hurto gozan de algo desto, mas los hombres libre y descubiertamente. Porque quién tendrá dubda que tanta variedad y abundancia de frutas tan sabrosas para el gusto, y tan suaves para el olor, y tan hermosas para la vista, aya dado la naturaleza para los hombres? Y cómo se podrá decir que fueron estas cosas hechas para las bestias, pues nos consta que essas bestias fueron hechas por causa de los hombres? Porque para qué otra cosa sirven las ovejas, sino para que de su lana se hagan paños con que nos vistamos? Las quales ni pudieran mantenerse, ni sustentarse, ni dár algun fruto, si los hombres no tuviesen cuidado dellas. Pues yá la guarda tan fiel de los canes, y el amor con que aman y lisongean à sus señores, y el furor y odio contra los estraños, y tan increíble sagacidad y olor para buscar la caza, y tanta ligereza y alegria para perseguirla, qué otra cosa nos representa, sino aver sido ellos engendrados para el provecho y servicio de los hombres? Pues qué diré de los bueyes cuyos lomos declaró no aver sido fabricados para llevar y traer cargas, mas las cervices tan acomodadas à recibir el yugo, y las fuerzas, y anchura de los pechos para tirar el arado, vemos quanto sirve al uso de los hombres. Por lo qual antiguamente en aquella edad dorada (como los Poetas la llaman) se tenia por gran delicto matar los bueyes, y comer de sus carnes. Prolixa cosa sería si quisiesse yo declarar agora el provecho que nos viene de los mulos,

(a) Epist. 74. (b) Contra quos August. lib. de Heresibus ad Quod vult Deum, heres. 88. (c) Tull. lib. 2. de Nat. Deor.

y de las otras bestias cavallares, las quales vémos servir à los hombres. Mas el puerco, para qué otra cosa sirve, sino para mantenernos con su carne? Y para que esta no se corrompiesse, diéronle el anima en lugar de sal. Y por ser este animal tan provechoso para nuestro mantenimiento, vémos que ninguno otro pare y cria tantos hijos como él. Pues qué diré de la muchedumbre y suavidad de los peces? Qué de las aves de las quales recibimos tan gran deleyte, que parece que esta providencia tan regalada fue ordenada por el Epicuro? Las quales no podríamos aver à las manos, sino con el artificio y industria de los hombres. Pues yá las bestias fieras alcanzamos monteando, parte para mantenernos dellas, y parte para exercitarnos en la disciplina militar, las quales tambien domamos, y domesticamos como lo hazemos con los Elephantos, y muchas cosas dellos sirven para curar llagas y enfermedades, como tambien lo hazen las yervas, cuya virtud y eficacia conocemos por largos tiempos y experiencias. Y si rodeáremos con los animos, como con los ojos, toda la tierra, y los mares todos, verémos tan grandes espacios de campos fertiles y fructuosos: verémos los montes vestidos de yervas verdes, y el pasto de los ganados, y la increíble ligereza con que los navios corren por la mar. Y no solo las cosas que están sobre la tierra, sino tambien las escondidas en las entrañas della nos sirven, las quales assi como son para el servicio de los hombres, assi solos ellos las sacan à luz, y las descubren. Lo susodicho es de Tullio, el qual por los exemplos susodichos manifestamente prueba todas las cosas deste mundo inferior, juntamente con el cielo, aver sido fabricadas y ordenadas para el uso y provision de nuestra vida. Lo qual todo es manifesto argumento de la providencia que Dios tiene de los hombres, pues tantas

cosas crió tan apropiadas para el uso, y provision, y regalo de los hombres, de que las bestias no son capaces.

Y demás deste discurso y argumento con que se prueba esta divina providencia, tambien la confiesa en el libro de las leyes por estas palabras: Ante todas las cosas tengan por averiguado los hombres que son los dioses señores y gobernadores de todas las cosas, y lo que passa en la vida humana succede por su voluntad y imperio, y que ellos entienden en hazer bien al linage de los hombres, y miran lo que cada uno dellos hace, y en qué pecca, y con qué devocion y animo trata las cosas que pertenecen à la religion: y finalmente ellos tienen cuenta y razon con la vida de los buenos y de los malos. Pues qué mas dixera este Philosopho, si tuviera lumbre de fé?

Pues por mas illustre tengo el testimonio de Plutarcho (a): el qual confiesa juntamente con la divina providencia la immortalidad del anima por estas palabras: Una es la razon, que confirma y prueba la divina providencia, y la immortalidad del anima: ni podemos abrazar lo uno, y desechar lo otro. Porque quedando el anima viva despues de la muerte del cuerpo, conviene, y aun es necesario, que reciba el castigo ò galardón de sus obras. Porque el tiempo que en este mundo vive, peléa como un luchador, y acabada la peléa, ha de recibir lo que mereció. Mas de qué manera aya de ser el anima despues desta vida galardonada, ò castigada, no sabemos desto, cosa cierta, que podamos afirmar los que vivimos: porque este secreto nos está encubierto. Hasta aqui son palabras deste gran Philosopho: las quales nos declaran cuánta sea la fuerza y la luz de la verdad, pues en medio de las tinieblas de la gentilidad, veían sus rayos y resplandores.

Vengamos à Aristoteles (b), el qual como yá vimos, no consiente que se

(a) *Plaut. lib. de sera numinis vindic.* (b) *Arist. in lib. Topicorum.*

dispute de la honra que se debe à los padres, y à Dios, por ser cosa tan clara, y tan perentoria. El mismo en su Política, despues de aver dicho que quatro cosas eran necesarias para una bien ordenada Republica, que son bastimentos, armas, artes y dineros, dice que la primera que le es necesaria es el culto de los dioses, que llaman Religion. Y en el dezimo libro de las Eticas dice assi: El que se rige por razon y entendimiento, y procura de perfeccionar esta principal parte de su anima, y está aficionado à lo bueno, parece que este tal será aseptissimo à Dios. Porque si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como lo parece, cosa es conforme à razon, que se agraden de una cosa tan buena, y tan semejante à ellos (que es nuestro entendimiento) y los que aman esta parte de su anima, y procuran adornarla con las virtudes, justo es que sean amados de los dioses, como gente que vive virtuosamente, y que tiene cuidado de perfeccionar lo que recibió. Todas estas son palabras de Aristoteles, que favorecen la divina providencia; pues hazen à Dios amador de los buenos, como de gente semejante à él en la nobleza del entendimiento, y en la pureza de la vida. Y no menos haze à este proposito atribuir este Philosopho à la Religion, y culto de Dios el primer lugar en la Republica bien ordenada, como acabamos de decir. Porque para qué fin han de honrar los hombres à Dios, si él ningun cuidado ni cuenta tiene con ellos? Con saber agora los hombres por fé que ay pena y gloria eterna para buenos y malos, ay tantos hombres que tienen muy poca cuenta con Dios; qué sería si ni en esta vida ni en la otra esperassen nada dél? Y qué sería el mundo poblado de tales hombres, quales serian los que esto creyessen, sino una cueba de ladrones, y salteadores, y un cenagal de puercos, ò por mejor decir, un pedazo del inferno? Y siendo tal el mundo, cuán indigna cosa sería de aquella infinita bondad

y sabiduria aver criado essos tan grandes cielos, y essas tan resplandecientes lumbreras, y gobernar esta tan grande machina del mundo, embiando sus pluvias à sus tiempos para fructificar la tierra, y diputando los peces de la mar, y las aves del ayre, y los animales de la tierra, y todo esto para el uso de los hombres siendo ellos mucho peores que bestias? Qué cosa mas indigna de tal saber y de tal bondad? Assi que pues Aristoteles tanto quiere que honremos à Dios, algo quiere que esperemos dél, porque (como dixo el Comico) nadie quiere ser bueno de valde.

Mas el mismo Philosopho en el compendio de la Philosophia que escribió à Alexandro (aunque algunos dubdan ser este libro suyo) habla mas claro de la providencia, donde refiere una cosa memorable. Porque cuenta él, que una vez rebosó el monte Erhna una tan gran bocanada de fuego, que se extendió por todos los campos y tierras comarcanas; y huyendo todos los mozos à gran priesa, como los viejos no pudiesen huír, uvo algunos hijos tan leales à sus padres, que tomándolos sobre sus hombros, huían con ellos. Mas no pudiendo darse tanta priesa por la carga que llevaban, finalmente los uvo de alcanzar la apresurada llama. Entonces Dios agradandose de aquella fé y lealtad de los buenos hijos para con sus viejos padres, hizo que se dividiessen y apartasse la llama en dos partes, para que diese lugar y passo seguro à los virtuosos mancebos con sus padres. Esta historia refiere Aristoteles en el sobredicho libro, en la qual no solo confiesa la divina providencia, sino tambien los milagros que sobrepujan toda la facultad de naturaleza.

§. II.

Veese esta providencia divina por algunos exquisitos y horribles castigos en algunos peccadores.

CON este exemplo juntaremos otros referidos no por autores Christianos, à los quales no dán credito los infieles, sino por otros de otra religion. Y porque à esta providencia pertenece, no solo galardonar los buenos, sino tambien castigar los malos, referiremos aqui algunos castigos tan grandes y tan extraordinarios executados contra hombres perversissimos, cuya grandeza declara ser ellos manifesta obra de la divina providencia y justicia. Entre los quales tendrá el primer lugar el fin desastrado de aquel Herodes, que por sola ambicion de reynar usó de la mayor crueldad, que jamás se vió, que fue derramar la sangre de tantos niños inocentes, y junto con ellos la de su proprio hijo, con otras crueldades y tyrnias de que usó el tiempo que vivió. Pues los clamores y voces assi de aquella sangre inocente derramada, como de los padres y madres destos niños, que pedian venganza, era justo que llegassen à los oídos de aquel soberano juez, el qual, demás de las penas de la otra vida, castigasse una maldad tan extraordinaria con nuevo y extraordinario castigo. El qual refiere Josepho (a), noble historiador entre los Judios por estas palabras. La terrible enfermedad de Herodes cada dia se hazia mayor, hasta vengar enteramente la maldad cometida. Porque de fuera en el cuerpo y sobre ház ardía con un fuego templado; pero dentro se abrasaba como horno encendido. Siempre padecia grandissima hambre, y con ningun manjar que comiesse podia amansar la crudelissima rabia. Las entrañas tenia dentro llenas de llagas: y del cuerpo le salia un humor ralo y amarillo, que le bañaba hasta los pies, y dende los pies hasta la barba. Todos los miembros tenia

hinchados, y sus partes vergonzosas podridas, y llenas de gusanos, y hinchadas, y abominables, y con terribles dolores. Y sobre todos los males le afligia el hedor que le salia, ò de la podredumbre de los miembros, ò del huelgo de la boca emponzoñada. Y tan cercado estaba de dolores, que ya no le bastaban las fuerzas naturales para sufrirlos. Decian los adivinos, que el soberano Emperador Dios le avia dado esta pena por sus grandes y muchas maldades. Mas dado que de tan irremediables llagas estuviese herido, no por esso perdia la esperanza de vivir. Para lo qual procuraba aquellas artes y remedios que podia. Ca passado el Jordán se bañaba algunas vezes en los baños que se dicen de Calireo, cuyas aguas tambien para beber son saludables. Y pareció à los medicos, que se debia bañar todo el cuerpo en azceyte caliente: pero metido en este baño se le descoyuntaron los miembros, y los ojos le saltaron de sus propios lugares. De alli le traxeron à Hiericó, donde movido por los llantos de sus criados, y desesperado yá de la vida, mandó repartir à sus cavalleros à cada qual cincuenta pesos de moneda: y despues por algunos dias distribuyó entre sus amigos gran suma de dinero. Pero despues lleno de furor y braveza, y como amenazando à la muerte, acabó con una maldad y crueldad increíble. Porque mandó llamar todos los varones nobles y principales de todas las ciudades y villas de Judéa, y encerrarlos en cierto lugar: y llamando à su hermana Salomé con su marido Alexandro, les dixo: Yo sé que los Judios se han de regocijar con mi muerte: pero si vosotros quereis cumplir mi mandamiento, yo tendré mi entierramiento y exequias muy honradas con muchedumbre de hombres y mugeres que lloren. Tened à punto gente armada, para que en la hora que yo espirare maten todos estos varones prin-

(a) Lib. 1. de Bello Iudaico, cap. 21. Refert Euseb. libr. 1. Ecclesiast. hist.

principales de Judéa, que yo tengo encerrados: para que toda la provincia (aunque les pese) haga llanto en mi muerte. Y poco despues sintiendo yá la muerte cercana por la fuerza de los dolores, pidió un cuchillo para apurar una manzana (como solia) con su mano, y dieronle. Dende à poco entendiendo que nadie viesse que le fuesse à la mano, alzó el cuchillo, y metióse por el cuerpo. Pero un poco tiempo que duró antes que espirasse, no quiso passar sin crueldad, y hizo degollar el tercero hijo despues de dos, que por su mandamiento avian sido antes degollados. Desta manera salió de la vida lleno no menos de dolores que de maldades. Lo susodicho es de Josepho. En lo qual vemos verificada aquella sentència del Psalmo (a): Justo es Dios y amador de justicia, y sus ojos miran la igualdad. Vemos tambien aqui la hermosura y grandeza de la divina justicia, la qual permitió que este tyranno ni perdonasse à sí mismo, ni à sus propios hijos, quien no perdonó à los agenos. Y que no solo pagasse esta deuda con la muerte acelerada, que él rabiosamente tomó con sus manos, sino tambien con aquella terrible y prolixa enfermedad que él quiso redimir con su propria muerte. La qual enfermedad fue de tal qualidad, que los mismos medicos que lo curaban entendian que aquella dolencia le venia del cielo por sus grandes peccados. Porque esta regla avemos de tener por general y verdadera, que quando sobrevienen à un tyranno calamidades extraordinarias, aviendo precedido maldades ò crueldades extraordinarias, debemos entender por este castigo la severidad de la justicia y providencia divina que por este medio se declara, y dá motivo à los hombres escandalizados para predicar las alabanzas divinas. Conforme à lo qual dice el Propheta (b): Alegrarse há el justo, quando viere la venganza, y lavará sus manos

en la sangre del peccador. Quiere decir (c), que con el exemplo deste castigo, y con el temor de la divina justicia trabajará por justificar y purificar su anima.

El mismo Josepho refiere otro castigo extraordinario de otro Herodes (d) que es el que degolló à Santiago, y prendió à Sant Pedro para hazer otro tanto dél. Este pues estando indignado contra los moradores de Tyro y de Sidón, y viniendo ellos con toda humildad à pedirle perdon por la necesidad que tenían dél, salió à un cadahalso vestido ricamente de vestiduras reales à hazer un razonamiento à estos pueblos que presentes estaban. Entonces ellos levantando las voces le comenzaron à lisongear, diciendo: Palabras son estas de Dios, y no de hombre. Con esto el malaventurado y loco Rey, de tal manera se ufano y envaneció con esta lisonja, que en lugar de dár gloria à Dios, la tomó para sí, juzgando que en él cabia aquella tan grande alabanza. En este punto dice Josepho, que le hirió un Angel de Dios, y assi comido y consumido de gusanos acabó desastradamente su vida. Donde es mucho para considerar, que aviendo este hombre malvado degollado un Apostol, y preso otro, no recibió algun castigo; mas agora recibió este tan grande, por aver hurtado la gloria à Dios y atribuídola à sí, para que por aqui se entienda el peligro que puede aver en la vanagloria, y en la presumpcion y estima de sí mismo.

Con estos exemplos susodichos juntaremos los de los Emperadores que persiguieron la Iglesia, comenzando dende Nerón: los quales por la mayor parte tuvieron desastrados fines, como en la segunda parte desta escriptura declaramos. Y entre estos es muy notable el castigo terrible de Maximino, y la miserable enfermedad que padeció, la qual los mismos medicos confessaban ser castigo de Dios por la grandeza de sus mal-

(a) Psalm. 10. (b) Psalm. 57. (c) D. August. ad hunc locum, tom. 8. (d) Lib. 19. antiquit. cap. 7. Actor. 12.